

ACARREAR EL MUERTO

Coloquialmente acarrear el muerto o cargar con el muerto es sinónimo de pagar el pato, llevarte el castigo o convertirte gratuitamente en el recolector de la irresponsabilidad ajena. En esta ocasión sirvió para titular una performance que conectó mis dos mundos; la enfermería y el arte.

Una performance es una acción artística. Una acción artística no es más artística que una cotidiana, como tomarte un café, pero secuestra una intención simbólica donde un cuerpo puede adquirir la dimensión de la humanidad, un EPI la dimensión del colectivo sanitario o una mano la dimensión de una mano.

Accionar (artísticamente) y relatar no se llevan bien. A menudo les separa lo racional. Asumimos entonces, haciendo uso del privilegio que ahora ostento como escritor, que estoy relatando una acción artística.

La acción artística es una que se hizo viral. Viral remite al agente patógeno en el entorno de la salud, pero en el mundo mediatizado de las redes sociales alude a la propagación entre usuarios. Ambos sentidos coincidieron en esta performance, que fue recogida por más de ochenta medios de prensa escrita, radios y televisiones de todo el mundo en los días posteriores a su activación.

La activación se produce el 30 de noviembre de 2021, segundo año de pandemia de covid. Meses de descenso de la incidencia de contagios por la vacunación, junto a la eliminación de restricciones, producen una sensación colectiva de triunfo y doblegación del virus. Comienzan a reactivarse eventos masificados, la relajación vuelve a la calle. Desde algunas instituciones se promueven -de forma poco responsable- acontecimientos festivos propios de las fechas que se acercan: la Navidad. Terrible precedente el del año anterior. Propagación multiplicada gracias a las 'ineludibles' reuniones familiares, laborales y de amigos.

En Málaga se inaugura el alumbrado navideño en el centro histórico. La publicación en prensa de imágenes de decenas de miles de personas -aglomeradas en las calles como sardinas en lata- bajo el pretexto de mirar -o más bien apuntar con sus móviles- luces parpadeantes, nos produce escalofríos a algunos compañeros sanitarios de la urgencia del hospital donde trabajo. En la primera línea llevamos algunas semanas viendo repuntar casos de coronavirus incluso en gente vacunada. La nueva variante aún más contagiosa ya dejó de ser una especulación televisiva. Estaba aquí y lo sabíamos. El resultado de todos estos factores era evidente y los hechos posteriores lo confirmarían; una nueva ola de contagios estaba a punto de romper.

Toda esta situación sirvió como detonante en la activación de 'Acarrear el muerto'. Llevaba varios meses y alguna que otra pieza artística tratando el equipo de protección individual de forma alegórica. El EPI es una imagen con una enorme y reciente exposición mediática, se ha establecido una unívoca relación simbólica entre plástico blanco con rayas azules y pandemia. Ver un EPI es ver un sanitario en lucha contra el covid.

Oportunidad perfecta para poner en juego la potencia de este nuevo símbolo en contacto directo con la gente. La propuesta, por tanto, era confrontar dos realidades que se habían desconectado. El sufrimiento y hostigamiento del colectivo sanitario durante la pandemia frente al hedonismo y la relajación, la verdad frente a la ensoñación y la responsabilidad frente a la indiferencia.

El recorrido del sanitario vestido con el EPI, con la soga al cuello en forma de horca, acarreando 'el muerto' en camilla por las calles del centro histórico de Málaga, no era sino el sonoro grito del colectivo sanitario, hastiado de la irresponsabilidad manifiesta de una parte importante de la ciudadanía que, tras casi dos años de pandemia, parecía (o no) que no habían aprendido nada.

Nuestro mundo fue golpeado en sus cimientos por la pandemia. El covid provocó un terremoto social, político y económico. Las certezas, la seguridad y los sueños del mundo que conocíamos se convirtieron en incertidumbre, miedo y aislamiento. Este virus ha sustraído costumbres, libertades, movilidad, rituales y espacios comunes, también la satisfacción de nuestro contacto directo y nos ha sumido en un ilimitado cansancio y extenuación como sociedad.

El colectivo sanitario ha sido y sigue siendo sufridor de la pandemia por partida múltiple; como trabajador en su centro por estrés y por la falta de material de protección durante los primeros meses -con el porcentaje más alto del mundo de contagios y muertes en el sector-, como ciudadano en la calle soportando las mismas restricciones que cualquiera, como padres, madres, hermanos, hermanas, hijos o hijas, sufriendo el aislamiento familiar más intenso y prolongado, como héroes de usar y tirar por parte de la administración cuando las cifras de incidencia mejoraban, como objeto de acusaciones de conspiradores por parte de negacionistas y antivacunas, de descalificaciones en forma de pintadas de 'sanitarios asesinos' o de injurias como el establecimiento y utilización de términos como 'dictadura sanitaria'.

Durante aquel quijotesco recorrido de apenas una hora bajo el gigante lumínico navideño de calle Larios, la reacción más común entre los viandantes fue la evitación del paso del enfermero enfundado en el EPI, que tiraba de la camilla en la que un amigo simulaba estar muerto. Echarse a un lado, darse la vuelta, ponerse la mascarilla o dar algunos pasos hacia atrás fue la reacción más común, tan real como metafórica, del problema que se ponía sobre la mesa.

Todas estas reacciones -dentro de la más absoluta normalidad- fueron registradas en un vídeo que, una vez editado y publicado en redes sociales, desató la verdadera tormenta mediática que conocimos. La viralización de la acción superó cualquier previsión. Se establecieron dos posturas claramente diferenciadas, por un lado una mayoritaria valoración positiva y la identificación de muchos sanitarios con la acción artística, especialmente con la metáfora de la cuerda y la camilla. Por otra parte, otra postura que, más que manifestar su desacuerdo o expresar su disensión, fue mucho más allá y entró en la descalificación personal, en el menosprecio al colectivo sanitario en general o directamente en la amenaza y los deseos explícitos de muerte.

La descontextualización del territorio artístico fue el nexo común del reproche. No sólo en redes sociales, también sucedió en algunos medios sensacionalistas de prensa. Sin embargo, el objetivo de situar el debate en el lugar, el momento y la problemática adecuados fue logrado con solvencia. Ni insultos ni amenazas lograron restar un ápice de satisfacción a recibir la cantidad de mensajes de apoyo, de ánimo y de congratulación de cientos de compañeros sanitarios y también de sus familiares, que se identificaron plenamente con la performance y con su mensaje.

De todos ellos me quedo con uno conmovedor, que me dedicó la esposa del primer sanitario fallecido por la pandemia en Madrid, casi dos años antes. Me comentó con extrañeza la mezcla de sensaciones que le produjo ver la acción; desde el triste recuerdo

del suceso hasta la reparación que le produjo la simbología del sufrimiento, el esfuerzo y el agotamiento de todo un colectivo sanitario que había dado lo mejor de sí mismo -incluso la vida- por cuidar a una sociedad que poco a poco los había olvidado. Esas palabras que me dedicó son indelebles para mí. Hoy me alegro enormemente que, en cierta medida, mi obra sirviese para remover sentimientos y sembrar cuestionamientos, que es para lo que se hace una obra de arte.